



Universidad
Zaragoza

CRÉDITO DE LIBRE ELECCIÓN

RESONANDO LA VOZ DE CONCEPCIÓN ARENAL: REFLEXIONES SOBRE UN ECO QUE SE MANTIENE A TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

Por Raquel Mustienes Bruna

Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo

Curso 2021-2022



**Facultad de
Ciencias Sociales
y del Trabajo**
Universidad Zaragoza

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
REFLEXIONES	4
<i>No vemos más medio de combatir eficazmente la inmoralidad brutal de abajo, y sensual y refinada de arriba, que oponerse a la preponderancia de los sentidos cultivando las facultades más elevadas...</i> – La instrucción del Pueblo (1881).....	4
<i>Yo concibo las desigualdades sociales como los accidentes del terreno; bueno y necesario es que haya montes, colinas y valles, pero no quisiera abismos de donde no puede salirse, ni montañas donde el aire no es respirable.</i> – Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (1892).....	6
<i>Ni odio, ni idolatría del capital, sino reconocimiento de su utilidad y freno de sus abusos.</i> – La España Moderna (1890).	8
PEQUEÑAS REFLEXIONES SOBRE LOS DETALLES DEL PROGRAMA	10
I. <i>La indiferencia para los males de nuestros semejantes, no revela ya solo dureza en el corazón, sino extravío de la inteligencia; al hombre cruel no le falta solamente sensibilidad y espíritu religioso, sino razón.</i>	10
II. <i>No solo el derecho no puede separarse de la moral, sino que el progreso consiste en que se unan cada vez más.</i>	10
III. <i>Penélope destejía por la noche lo que tejía por el día; la sociedad deshace con frecuencia con una mano lo que ha hecho con la otra, y despliega grandes recursos y esfuerzos para levantar a los mismos que arroja por tierra.</i>	10
IV. <i>Mi vida ¿a quién importa? ¿Quién escribirla intenta? Es la luz y del caos la horrible obscuridad, el triunfo y la derrota, la calma y la tormenta, la miserable nada, la inmensa eternidad.</i>	11
V. <i>¿Y qué condiciones llevan al combate esas masas desheredadas (...)? Hay ciencia; no puede adquirirla. Hay prosperidad; no participa de ella. Hay derechos; los suyos están mermados, por las leyes, o por su incapacidad de utilizarlos (...)"Hay que aspirar a que nadie esté bajo esa línea (...) y que, si hay algunos que sean individuos por culpa suya, y no masas, por complicidad social"</i>	11
VI. <i>Solo la verdad, la virtud y la belleza tienen horizontes infinitos y quienes a ellos no se dirige, rico o pobre, se arrastra por las miserias del mundo moral.</i>	12

INTRODUCCIÓN

Hay voces poderosas. Hay voces que solo por proyectarse crean conciencia. Hay voces que son conciencia. Hay voces que pese al paso del tiempo se hacen más fuertes, más vibrantes, quizá no con más sentido, pero sí con un sentido cada vez más necesario. Hay voces que no se apagan, que se escuchan pese a querer silenciarlas, que sortean el populismo, la mano en la boca que la emite, la mordaza legislada y la palabra malsonante de quienes dicen tener la verdad. Hay voces como la de Concepción Arenal que no hay forma de silenciar pues, dada la razón que carga, resuena a través del tiempo, de las personas y de los intereses llegando hasta el último rincón de las mentes inquietas.

A lo largo de estos días en los que Arenal ha acampado en nuestras aulas hemos escuchado su voz en la boca de Joaquín Santos, de Francisco Idareta, de Margalida Gosti Ballester, de María José Lacalzada... de personas que tienen entre sus aptitudes la de humanizar con sus discursos cada uno de los temas que abordan. A través del concepto de perfectibilidad humana, de lo que significaba la moral para Concepción Arenal, hemos hecho un repaso de lo que somos como profesionales y hemos sido invitados a reflexionar sobre el camino que hemos escogido para alcanzar lo que seremos.

A lo largo de estos días he encontrado respuestas a preguntas que no sabía que tenía. Escuchar tanto cuanto tenían que decir ha sido una forma de encontrarme en otros discursos y trasladarme, a través de otras voces, a lugares casi utópicos que desearía alcanzar y que nada tienen que ver con paisajes. Concepción Arenal nos ha tendido la mano a través de quien la han recordado para marcar en nuestros ideales un orden de prioridades.

Hoy, que la Filosofía quiere ser extirpada de su cuna, Concepción Arenal me ha hecho aferrarme al espíritu crítico que me brinda el aprender. Hoy, tras haber repasado el sentido que le he encontrado a muchas de las afirmaciones que se han puesto estos días sobre la mesa, me doy cuenta de lo que me incomoda la ignorancia. Hoy me doy cuenta de que la voz de Arenal tiene tantos sentidos como oyentes, pero una única esencia.

No tengo muy claro si nos quieren callados o ignorantes, pero en cualquiera de los dos escenarios, a mi parecer distópicos, pasan por alto que hay voces que se escuchan entre el bullicio de quienes repiten alienados mensajes de líderes de masas. La voz de Arenal resuena entre la gente a través del tiempo.

REFLEXIONES

No vemos más medio de combatir eficazmente la inmoralidad brutal de abajo, y sensual y refinada de arriba, que oponerse a la preponderancia de los sentidos cultivando las facultades más elevadas... – La instrucción del Pueblo (1881).

Con esta sentencia me traslado al espíritu reivindicativo de una mujer empoderada del siglo XIX; una mujer que encontró en el saber un medio para combatir la supremacía de quienes se postulaban como poseedores de verdades absolutas; una mujer que confió en el lado humano del conocimiento y en la humanización que suponía el poder aprender.

Actualmente, tiempos en los que nos movemos por pasiones, por masas, por ideas de otros extendidas a golpe de *retweet* o publicaciones en muros de redes sociales, hemos dejado en manos de Morfeo nuestro espíritu crítico. Hoy oímos, pero no escuchamos; vemos, pero no observamos; callamos... porque no pensamos. La obsolescencia programada ha llegado al mundo de las ideas y con ello nos quedamos obsoletos los humanos.

Hoy, que quienes aparentemente defienden nuestras libertades, derechos y deberes en el Parlamento, me paro a pensar en aquella clase de Filosofía en la que reflexioné sobre qué estaban basados muchos de mis argumentos. Y gracias a eso me deconstruí. *Ad verecundiam*, dijo mi profesor que se denominaba aquel argumento que se tomaba por válido solo por el prestigio del que gozaba quien en origen lo había expuesto. Y así me doy cuenta de cómo vivimos hoy: poniendo en nuestra boca la voz de quienes intentan tapárnosla. Curioso, ¿no?

Creo que no voy en discordancia con la palabra de Concepción Arenal si digo que creo predominan en nuestro hacer los sentidos más mundanos, mientras que arrinconamos en un cajón olvidado el “sentido” más humano: el común, el razonar. Mi abuela siempre me ha dicho que lo que parece que nos distingue de los animales es que nosotros cocinamos los alimentos, mientras que ellos los comen crudos, porque pensar, lo que es pensar... eso cada vez se estila menos.

A lo largo de estos días hemos escuchado a personas comprometidas con las personas, que no han forjado su identidad profesional (y me atrevería a decir que personal) simplemente oyendo lo que otros querían que se escuchara. Hemos visto cómo Margalida ponía un poco de sí misma en cada intervención que se disponía a realizar, cómo dos

saberes con enfoques tan diferentes con los que ella contaba la han llevado a ser más crítica y con ello más humana. Escuchándola he podido casi sentir el dolor que le habían transmitido las personas a las que había acompañado, porque no lo ha hecho solo desde el respeto, sino que lo ha hecho también desde el propio saber. Canalizar las situaciones, discernir, poner en valor la autodeterminación y no verte con una postura superior a la de la persona que tienes enfrente no es casualidad. Es formación y, en su caso, vocación.

Carmen, por su parte, cuando nos hablaba de cómo su forma de intervenir se había hecho a sí misma, me ha hecho ver que además de formarse hay que sensibilizarse, criticar y criticarse. Instruirnos a nosotras mismas, en este sentido, es conocer y reconocer: conocer que tenemos unas normas y reconocer que ceñirnos a ellas supondrá muchas veces no alcanzar metas. Y es que con leer papeles no basta. Hay que leer a las personas, hay que releernos a nosotras, hay que ver que el sujeto de nuestra intervención no somos las profesionales, es quien tenemos enfrente, y que esa persona no es un medio, sino un fin en sí misma. Ahí está la moral; esa práctica del deber por amor al bien.

Entonces... ¿Qué es el bien? Quizá sea buena pregunta para despertar a nuestra razón, ¿no?

Yo concibo las desigualdades sociales como los accidentes del terreno; bueno y necesario es que haya montes, colinas y valles, pero no quisiera abismos de donde no puede salirse, ni montañas donde el aire no es respirable. – Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (1892).

Las diferencias naturales son buenas y necesarias siempre que tratemos de encontrar el equilibrio, la línea que nos permita no caer en el error de hacer de los rasgos distintivos el árbol que nos impida ver el bosque. Desde la educación y el espíritu crítico, desde la moral, la concepción de la libertad como común múltiplo y vía para el progreso, podemos definir la diferencia entre iguales como rasgo inherente a la esencia humana.

Uniendo esto al saber y el hacer del Trabajo Social, considero esta sentencia fuertemente vinculada al principio de respeto a la dignidad humana, cuestión que también mencionaba Arenal y que constituye uno de los pilares que sostienen la práctica del Trabajo Social. La dignidad humana es la base, a mi parecer, de toda intervención alejada del paternalismo y que tiene como medios el respeto a la autodeterminación, entendiendo siempre a la persona como fin en sí misma. Y en esto, a mi entender, no hay discusión. Sí lo hay en el modo de intervenir, en la manera de actuar, en los tiempos... pero ¿en Derechos? ¿En dignidad? Son puntos de partida esenciales.

Hablaba Esther Raya de que los Derechos Humanos eran una cuestión teóricamente indiscutible en el ejercicio del Trabajo Social, pero ¿cómo? Pasar de la teoría a la práctica es la labor más complicada. Hablar de personas es sobreentender que no mencionas un grupo homogéneo en características, pero sí en “compuestos morales inherentes”: todas tienen dignidad, merecen ser escuchadas, son sujetos de derechos, de deberes, de libertades... Ahora bien, el uso de todo esto variará en función de sus valores, de aquella cultura en la que se haya desarrollado, de las nociones que sus padres, maestros o familia le hayan inculcado. Las personas somos impredecibles, pero capaces de desarrollar acciones perfectibles. Entonces yo me pregunto: ¿Por qué no lo hacemos? ¿Somos, como decía Rousseau en plena Ilustración, buenos por naturaleza, pero la sociedad es quien nos corrompe? Y es aquí cuando retomo a Arenal cuando dice que las diferencias son necesarias, y donde yo añado que hay que saber manejarlas. Porque quizá sí; quizá sí sea la sociedad la que nos corrompe.

Recuerdo la pasión con la que Carmen hablaba de su labor, de cómo le dolía que los representantes políticos electos hubieran roto con el proyecto en el que ella y el resto del equipo ayudaba a personas. Ellos, los de arriba, los diferentes porque representan miles de voces mientras que nosotros, los de abajo, solo tenemos la propia, habían acabado con una labor que reconocía la dignidad de las personas, el derecho a ser atendidas, el derecho a que no se las juzgara... ¿Sabemos manejar las diferencias? En ocasiones dudo.

Me pregunto, también, qué pasaría si no hubiera personas como Carmen, como Margalida, como Esther, como María José, como las compañeras que nos encontramos en aquella sala para escuchar a quienes tenían mucho que decir. Me pregunto qué ocurriría si no hubiera personas que creen en las personas, en su potencial, su valía. Las diferencias son necesarias, claro que sí, pero deben tener hueco. Estamos aquí para darles ese hueco, para levantarlas si las quieren tumbar. Las diferencias, siempre que sean compatibles con el equilibrio, con el bienestar, la dignidad, el respeto y el progreso positivo, siempre serán un paisaje hermoso, pero de no ser así, serán abismos de donde no pueda salirse.

Ni odio, ni idolatría del capital, sino reconocimiento de su utilidad y freno de sus abusos.
– La España Moderna (1890).

¿Qué hay más humano que la propia humanidad? A veces me pregunto qué será aquello que nos lleva a concluir que concebir los medios como fines es lo correcto.

A lo largo de las jornadas dedicadas a recordar y traer al presente la esencia de Arenal, he sentido en la voz de quienes nos han hablado cómo estamos siendo sometidos al poder de la tecnología. Hablábamos de cómo tenemos que manejar varias aplicaciones informáticas para la atención de un usuario, y de aquí yo me planteo ¿hemos escogido el camino correcto? Me temo que nos hemos convertido en víctimas de los medios y nos hemos transformado en maquinarias que reman a favor de la tecnología. Como si los robots empatizaran, como si un programa informático te mirara a los ojos y supiera identificar qué quieren decirnos. Abrimos la puerta a la revolución tecnológica y hemos acabado sometidos a ella.

Reflexionando sobre esta sentencia de Concepción Arenal me viene a la cabeza la voz de Carmen, sencillamente humana, cuando narraba cómo acompañaba a mujeres cuando iban a dar a luz y no encontraban otro rostro conocido que el suyo. ¿Es esto sustituible? La voz de la pandemia, momento en el que la gente contraía matrimonio por Zoom y los médicos te atendían por teléfono, diría que sí. Por eso reflexiono sobre esta sentencia: por su carácter atemporal.

La tecnología ha hecho daño. No me atrevería a valorar si el daño ha sido superior al beneficio, pero sí me aventuro a apostar por que la brecha a la que ha dado lugar va a ser difícilmente salvable. ¿Qué nos une hoy si no son los seguidores? ¿Cómo se entiende el amor si no es a golpe de *match*? ¿Somos capaces de entendernos sin un teclado delante? Si algo echo en falta del papel es la cercanía y la espera. Vivimos en tiempos del ya, de querer todo al momento. Sin embargo, eso en lo social no se puede.

Los cambios en la sociedad que se han visto acontecidos por la irrupción de la tecnología me llevan a pensar en el lugar en el que queda nuestro Trabajo Social. La aplicación de nuestra disciplina se ve condicionada por el contexto social, por lo que ¿en qué lugar quedamos si no somos inmediatos, a no ser que caigamos en el ya trasnochado asistencialismo? El parchear situaciones es la intervención, a mi parecer, que da resultados a más corto plazo, pero ¿soluciona algo? No abordaré esta respuesta en este

punto, mas si lo hiciera mi respuesta sería rotunda en torno al no. La cuestión que me ocupa en este momento es ofrecer mi perspectiva acerca del retroceso que supone avanzar de la manera que lo hacemos. Centenares de años de evolución, de desarrollo de teorías, de pensamiento crítico, eliminados a golpe de clic. Lo que se evitaba, hoy se busca de manera inconsciente. Nos hemos acostumbrado a vivir de manera que lo que parece que no funciona se sustituye, porque eso da un resultado ipso facto. ¿En qué lugar quedamos entonces quienes precisamos de tiempo para alcanzar nuestros objetivos?

A este punto se une la desconexión social. Hemos interiorizado y afianzado el pensamiento de que seguirnos en redes sociales, comunicarnos a través de WhatsApp o vernos mediante pantallas es estar conectados, cuando lo que hacemos es potenciar la desconexión. Las sonrisas frente a frente, sin pantallas, se ven diferentes. Sin embargo, hoy, que aceptamos que tengan el control de nuestros datos, que un ente llamado Internet tenga información privada sobre nosotros, basamos nuestra vida en políticas de privacidad. Somos víctimas de nuestro propio progreso, ¿no?

Llegados a este punto, ¿es preciso demonizar el *capital* del que hablaba Arenal, aunque traído al siglo XXI? No, nada más lejos de la realidad. Bastaría solo con abrir los ojos y alejarlos de las pantallas para ver en lo que nos hemos convertido por querer usar tantos medios. ¡Somos, ya, nosotros los medios! Aprovechar las herramientas y no que ellas te aprovechen a ti. Esa es la cuestión. Margalida comentó, al hilo de esto, lo curioso que le resultaba que la descendencia de los grandes empresarios de la red (propietarios de Amazon, Tik-Tok...) recibieran una educación alejada de la tecnología. Me hizo pensar y caí en la cuenta de la cantidad de veces que saltan anuncios en nuestros dispositivos sobre productos que hemos mencionado o sobre búsquedas recientes realizadas. Somos el mejor medio para que incrementen su poder y no queremos ser conscientes.

La tecnología es valiosa en muchos sentidos, pero tan valiosa que según cuál sea el uso que le demos irá en nuestro propio detrimento. Me asusta lo actual que resultan las palabras de Arenal, porque, aunque denote pesimismo en mi mensaje, solo me hace darme cuenta de que la ignorancia sigue siendo la cuna de la tranquilidad y, por desgracia, no hay reflexión que se haga por sí misma, que resulte al instante ni que dé frutos al momento.

PEQUEÑAS REFLEXIONES SOBRE LOS DETALLES DEL PROGRAMA

I. *La indiferencia para los males de nuestros semejantes, no revela ya solo dureza en el corazón, sino extravío de la inteligencia; al hombre cruel no le falta solamente sensibilidad y espíritu religioso, sino razón.*

¿Qué es la empatía sino la práctica de una emoción inteligente? Ver en los demás el dolor y sentirlo como propio, entender el sentir del resto como una extensión de la propia piel. Y esto es tan humano como el razonar. Sentir es razonar sin teorías. De poco sirven las disciplinas sociales, humanas, si no tienen un componente sentimental. Regir la práctica por normas exclusivamente es trabajar como si quien tuviéramos enfrente fuera una máquina.

II. *No solo el derecho no puede separarse de la moral, sino que el progreso consiste en que se unan cada vez más.*

Desconozco si existe relación entre esto y el deber moral, pero esta sentencia me evoca a la vinculación entre derecho y deber. Aquellos que gozan de unos estándares de vida óptimos tendrán el deber moral positivo de hacer el bien, mientras que aquellas personas más vulnerables, menos favorecidas, tendrán un deber moral negativo: no hacer el mal. En este equilibrio está el progreso, quizá, si lo vinculamos al derecho.

Esto me invita a pensar en que el progreso reside en la sociedad civil. Ya no tanto en el capital, en la tecnología o en lo económico, sino en la capacidad del humano, a título individual, de contribuir al bienestar general. Solo en este sentido sería posible la evolución. Para esto quizá deba apoyarme en los conceptos de justicia social, hacia el que nos encaminaríamos, y el de perfectibilidad humana, que funcionaría como sustento.

Concepción Arenal tiene mucho que decirnos.

III. *Penélope destejía por la noche lo que tejía por el día; la sociedad deshace con frecuencia con una mano lo que ha hecho con la otra, y despliega grandes recursos y esfuerzos para levantar a los mismos que arroja por tierra.*

¿Qué sentido tiene la evolución sin consulta de unos pocos si la sociedad no se compone solo de ellos? Si no ganan todos, todos habrán perdido. No podemos entender la dinámica social como el juego de la cuerda, en el que hay que tirar de los extremos para, a la fuerza,

llevar a nuestro terreno a la otra parte. Esto sería caer en el error de creer que no se pueden alcanzar acuerdos, de poner por delante de los puntos comunes el capital o la pobreza. Cuidado, con esto no quiero decir que la pobreza sea necesaria, sino que hay que escuchar a quienes la presentan, no solo a quien aglutinan el poder. Y ya no solo a ellos, sino a quienes, en medio, encuentran presión por cualquier lado por el que desean hacer fuerza los de arriba y los de abajo.

Perdemos el tiempo intentando avanzar hacia donde cada cual cree conveniente, porque la sociedad y sus posibilidades no es tan elástica como queremos creer. Quizá practicar más el acuerdo, el diálogo, la conciencia, la observación, la escucha... sea un buen primer paso para no destejer lo que hemos tejido.

IV. *Mi vida ¿a quién importa? ¿Quién escribirla intenta? Es la luz y del caos la horrible obscuridad, el triunfo y la derrota, la calma y la tormenta, la miserable nada, la inmensa eternidad.*

Una vida narrada desde el equilibrio es una vida razonada. Ni todo ni nada, ni mucho ni poco. No hablar desde el triunfo absoluto ni la insuperable derrota. Desde la justicia, quizá, desde el reconocimiento de derechos y deberes, de nuestras posibilidades y de aquellos marcos inalcanzables. Saber escucharnos y pensarnos es inteligente. Conocer dónde estamos y nuestra fugacidad. Empatizar con uno mismo es signo de inteligencia.

V. *¿Y qué condiciones llevan al combate esas masas desheredadas (...)? Hay ciencia; no puede adquirirla. Hay prosperidad; no participa de ella. Hay derechos; los suyos están mermados, por las leyes, o por su incapacidad de utilizarlos (...)"Hay que aspirar a que nadie esté bajo esa línea (...) y que, si hay algunos que sean individuos por culpa suya, y no masas, por complicidad social".*

Todos debemos contar con unos mínimos para alcanzar el bienestar. De nada sirve que unos pocos puedan acceder a todo si unos muchos no pueden optar a nada. Ofrecer desde la sociedad la posibilidad de que cada cual desarrolle su potencial, encuentre su lugar, es, quizá, la forma de avanzar.

No obstante, sería utópico pensar que todos contamos con las mismas posibilidades si atendemos a que no todos partimos del mismo punto. Quienes cuentan con lo justo no podrán llegar fácilmente a quienes parten con tanto cuanto precisan para progresar. El

capital, claro, no lo es todo, pero sí es cierto que sin él poco puedes hacer. Es entonces cuando entraría en juego el equilibrio, esa capacidad social de atender a quienes quieren, pero no pueden; esa moralidad que integra el valor de la justicia social.

VI. Solo la verdad, la virtud y la belleza tienen horizontes infinitos y quienes a ellos no se dirige, rico o pobre, se arrastra por las miserias del mundo moral.

Tener aspiraciones, metas, ideas, es signo de riqueza. Pensar no debe ser un concepto estanco, pero tampoco en constante cambio, aunque sí formación y reflexión. Ni mucho ni poco, como decíamos antes, sino encontrar el equilibrio para poder avanzar.

En esto creo que el Trabajo Social tiene mucho por hacer. Hay quienes no encuentran su camino por las circunstancias en las que nacen, crecen y se desarrollan, pues estas determinan su salud, posibilidades y recursos. Desde nuestra postura, desde nuestra capacidad socioeducativa, podemos acompañar a quienes así lo precisen a encontrar la forma de dirigirse a esos caminos. Si bien, sin rasgos volitivos en su conducta será complicado el poder hacerlo. Es ahí donde reside, desde mi punto de vista, ese arrastre por las miserias del mundo moral: no tanto en no poder, sino en no querer.